

## ENCONTRARSE CON CRISTO EN LA EUCARISTÍA

*"VIERON AL NIÑO CON MARÍA SU MADRE, Y POSTRÁNDOSE ANTE ÉL LE ADORARON" (MT. 2,11)*

Convocados por los papas Juan Pablo II y Benedicto XVI, vosotros, jóvenes, habéis venido a Colonia de todas partes del mundo para celebrar la XX Jornada Mundial de la Juventud.

La Jornada Mundial de la Juventud es siempre una peregrinación del Pueblo de Dios. Y, como tal, persigue ponernos en contacto con Cristo, el icono del Padre, y ayudarnos a vivir un encuentro personal con Él, encuentro que es punto de partida del camino de la conversión a Dios y que se expresa en la recepción del sacramento de la penitencia y del sacramento eucarístico, éste último, fuente y cima de la vida cristiana.

Como sabéis, el lema de esta XX edición de la Jornada Mundial de la Juventud, "Hemos venido a adorarle", es el texto de un versículo entresacado del conocido pasaje del Evangelio de San Mateo, en donde el Apóstol refiere el episodio de los Reyes Magos, Reyes cuyas reliquias, según una tradición antiquísima, veneramos precisamente en la Catedral de Colonia.

El pasaje en cuestión dice así:

*"Nacido Jesús en Belén de Judá, en tiempos del rey Herodes, unos magos que venían del Oriente se presentaron en Jerusalén, diciendo: ¿'Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Pues vimos su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarle'. Al oírlo, el rey Herodes se sobresaltó y toda Jerusalén con él. Convocó a los sumos sacerdotes y escribas del pueblo y les preguntó sobre el lugar en donde había de nacer el Cristo. Ellos le dijeron: 'En Belén de Judá, porque así lo escribió el profeta:*

*Y tú, Belén, tierra de Judá,  
no eres la menor entre las principales tribus de Judá;  
porque de ti saldrá un rey  
que apacentará a mi pueblo Israel".*

*Entonces Herodes llamó aparte a los magos y les preguntó sobre el tiempo en que habían visto aparecer la estrella. Después, enviándolos a Belén, les dijo: "Id e indagad cuidadosamente acerca de ese niño, y cuando lo encontréis, comunicádmelo, para que también yo vaya a adorarle." Ellos, después de oír al rey, se pusieron en camino, y he aquí que la estrella que habían visto en el Oriente iba delante de ellos, hasta que llegó y se detuvo encima del lugar en donde estaba el niño. Al ver la estrella, se llenaron de inmensa alegría. Entraron en casa; vieron al niño con María, su madre, y postrándose, le adoraron; abrieron luego sus cofres y le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra. Y, avisados en sueños de que no volvieran a Herodes, se retiraron a su país por otro camino" (Cf. Mt.2,1-12).*

El episodio de los Reyes Magos nos descubre el itinerario espiritual de toda persona de mente recta y de corazón sano, de toda persona que busca la verdad con sincero corazón. Este itinerario presenta cuatro hitos o momentos: peregrinar, buscar, encontrar y vivir.

### **I.- Peregrinar para buscar la verdad**

"¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido?," se preguntan los Magos.

Si los Magos se formulan esta pregunta es porque su mente estaba acosada por la cuestión de la verdad, porque su corazón anhelaba la verdad y andaba inquieto hasta encontrarla y descansar en ella. Y no es que los Magos se formularan la pregunta por ser ingenuos, esto es, por no estar a la altura del tiempo histórico en que vivían. Según la tradición, ellos eran hombres de ciencia, astrónomos que escrutaban el cielo. Su búsqueda de la verdad estaba animada por el rigor y la probidad intelectual. Y, aun amando mucho su autonomía, la autonomía de su razón, de su cultura y de sus países de origen, salen de sí mismos, esto es,

de la inmanencia de su razón y de su voluntad, y se ponen en camino para buscar la verdad plena, la cual se les ofrece como totalmente otra, como siendo "más" e infinitamente "mayor" que la que ellos podían alcanzar desde los límites angostos de su mente, de su corazón, de sus culturas y de sus países.

Así, pues, los Magos descubren, desde un planteamiento estrictamente intelectual y científico, que la verdad a la que su corazón aspira y que busca con denuedo su razón no la pueden encontrar por sí mismos ni en sí mismos, sino que es un don que Dios puede otorgar a quien le busca con sinceridad y a quien tiene la valentía de reconocerse tal cual es: fuerte y simultáneamente débil, autónomo y heterónimo a la vez, grande y pequeño al mismo tiempo.

Y, puesto que la verdad es un don de Dios, cuyos destellos apenas puede percibir el hombre por sí mismo, los Magos la buscan allí en donde Dios se ha dignado otorgarla. Y este "tópos alethinós", este "lugar de la verdad", no les ha sido dado a ellos ni a sus culturas, sino al mundo judío, espacio elegido y privilegiado, único lugar en donde el Verbo divino preexistente y eterno se hizo carne y habitó entre nosotros, los hombres.

Por eso, los Magos se niegan a sí mismos dejando atrás su país, su cultura, sus puntos ordinarios de referencia, y emprenden el camino de Belén, para recibir allí, como premio, el don de la verdad, es decir, al Niño-Dios, con su Madre, María, ante el cual se postran para contemplarle, adorarle y comenzar una vida nueva anclada en la verdad.

## **II.- Encontrar la verdad y descansar en ella**

Después de haber encontrado al Niño-Dios, los Magos concluyen su peregrinación y cesan en su búsqueda. ¿Cómo iban a seguir buscando si ya habían encontrado la verdad, la perla preciosa, el tesoro escondido? Con la posesión de su objeto, que es la verdad, la razón de los Magos ha quedado satisfecha, y el hambre de bien y de belleza que latía en sus corazones se ha apagado. Tal vez los tres Reyes, parafraseando, aun sin saberlo, al anciano Simeón, dijeron en su interior a la vista del Niño: "Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tus siervos irse en paz. Porque nuestros ojos han visto a tu salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz que ilumina a las naciones y gloria de tu pueblo, Israel" (cf. Lc.2,33-35).

En realidad, aquellos Reyes no podían hacer otra cosa. Lo que hicieron, descansar una vez encontrado el niño, postrarse ante él, adorarle y gozarse en su contemplación, venía exigido por la lógica interna de su itinerario espiritual. Porque, seamos sinceros: ¿hay algo más allá de la verdad? ¿Acaso tiene sentido seguir buscando la luz cuando el sol que nace de lo alto nos colma ya con sus fulgores e ilumina plenamente nuestros rostros?

La búsqueda sin fin no es humana, no es acorde con el ser de la verdad y no está en los planes del verdadero Dios. En contra de lo que dijo una vez el filósofo Jean-Paul Sartre, el hombre no es un asno con una zanahoria puesta permanentemente ante sus ojos, que, al avanzar, él mismo desplaza. Y Dios no es un ser absurdo y arbitrario que se goce mostrándonos su rostro en Cristo y ocultándolo simultáneamente a nuestra mirada.

En Cristo el Padre ha desvelado plenamente su faz. Nada ha retenido para sí. Ya nada puede darnos. Pues, en su Hijo Jesús, nos lo ha dado todo. Por eso, la estrella que guiaba a los Reyes Magos se detuvo en el preciso lugar en donde estaba el Niño. Ni se detuvo antes, posándose sobre los ídolos encontrados en el camino, falsos dioses ayunos de verdad y de vida, ni avanzó más allá de la cueva de Belén. Sencillamente porque, antes de Belén, sólo hay pecado o verdades parciales, y después de Belén, no hay ya nada, pues lo bueno y lo verdadero que podamos encontrar más allá de Belén ya nos ha sido dado con creces en Belén. Sólo Belén es, como indica su nombre ("Bêt-lehem"), la "casa del pan", ese pan que, a diferencia del maná del éxodo, baja del cielo y es la carne del Hijo de Dios para la vida del mundo (Jn. 6,35.41.45).

Pues bien, el itinerario espiritual recorrido por los Reyes Magos es el que vosotros, jóvenes, estáis llamados a recorrer, y es el que debe seguir también toda persona que quiera ser

auténtica consigo misma, alcanzar la verdad, ser libre desde la verdad y llegar, así, a ser feliz.

Recordad la exhortación que os dirigió el Papa Juan Pablo II hace un año en Castel Gandolfo:

“¡Sed adoradores del único y verdadero Dios, reconociéndole el primer puesto en vuestra existencia!” La Idolatría, la superstición, la adivinación y la magia son tentaciones constantes del hombre. Desgraciadamente hay personas que buscan la solución de sus problemas en prácticas religiosas sin fundamento y a veces aberrantes. Es también muy fuerte – proseguía el Papa– el impulso de creer en los falsos mitos del éxito y del poder; es muy peligroso abrazar conceptos evanescentes de lo sagrado que presentan a Dios bajo forma de energía cósmica o de otras maneras igualmente falsas.

¡Jóvenes, no pongáis vuestro corazón en ilusiones vanas ni en modas efímeras que no pocas veces dejan un trágico vacío espiritual! Rechazad las seducciones del dinero, del consumismo y de la violencia solapada que ejercen con frecuencia los medios de comunicación.

La adoración del Dios verdadero constituye un auténtico acto de resistencia contra toda forma de idolatría. No adoréis a nadie más que a Cristo. Sólo Él es la roca sobre la que podréis construir vuestro futuro y un mundo más justo y solidario. Jesús es el Príncipe de la paz, la fuente del perdón y de la reconciliación, el único que puede hacer hermanos a todos los miembros de la familia humana” (*Mensaje ... nº 5*).

Así lo hicieron los Magos. Así lo debéis hacer vosotros. Y éste es también el camino que deben seguir los hombres de buena voluntad y de mente no contaminada por la ideología.

Pero, llegados a este punto de la catequesis, sé que todos os estáis preguntando en vuestro interior: “¿Dónde podemos encontrar a Cristo para ir también nosotros a adorarle?” “¿Hacia dónde se dirige hoy la estrella que nos guía a Cristo?” “¿En qué lugar del mundo se encuentra el pesebre de Belén visitado por los Magos hace dos mil años?”

### **III.-La verdad suma se encuentra en la Eucaristía**

El Niño encontrado por los Magos en Belén es, a simple vista, un niño como los demás. Sin embargo, aquel Niño es diferente de los demás, pues es el Hijo unigénito de Dios que se despojó de su gloria (cf. Filp. 2,7) y vino a la tierra para morir en la Cruz. Siendo rico, gozando de la gloria del Padre, descendió entre nosotros y se hizo pobre por amor nuestro, para que nosotros fuésemos ricos por su pobreza (2 Cor. 8,9).

¿Cómo no dar gracias a Dios por tanta bondad condescendiente? ¿Cómo no permanecer extasiados ante el misterio de un Dios que se humilla para asumir nuestra condición humana hasta inmolarse por nosotros en la Cruz (cf. Filp. 2,6-8) y darnos su cuerpo como alimento?

¿Dónde está hoy Jesús? Queremos encontrarle, ver su rostro, contemplarle y adorarle, ser agradecidos por su verdad, por su amor, por su vida.

El Niño–Dios, que se mostró en tiempos de Augusto en la cueva de Belén y que fue adorado por su madre, María, y por su padre nutricio José, por los ángeles, los pastores y los Reyes Magos, es el mismo que había sido esperado por los paganos y preanunciado por Moisés y los profetas en el Antiguo Testamento como salvador y redentor de todos los hombres (cf. Lc. 24,25-27).

Este Niño–Dios, concebido nueve meses antes por obra del Espíritu Santo (cf. Lc. 1,26-28) en la fe y en las entrañas purísimas de la siempre Virgen María en la ciudad de Nazareth, es el mismo que, crucificado por nuestros pecados treinta y tres años después en la ciudad de Jerusalén, ya en tiempos de Tiberio, fue adorado al pie de la cruz por su madre, por las mujeres que la acompañaban y por el apóstol y evangelista Juan (cf. Jn. 19,25-27).

Y el Niño–Dios, que recibió en Belén la adoración de los Magos, es el mismo que, crucificado y muerto por nuestra salvación, por la salvación de toda la humanidad, fue sepultado,

resucitó al tercer día, ascendió a los cielos, nos envió al Espíritu Santo, está sentado para siempre a la diestra de Dios Padre y vendrá desde allí, al final de los tiempos, a juzgar a vivos y a muertos.

Pues bien, a Cristo, que es la verdad y la vida de Dios hechas carne, que murió por nosotros y que resucitó al tercer día, lo encontramos hoy allí en donde Él quiso quedarse para siempre con nosotros. Y este lugar único y privilegiado no es el cosmos o mundo natural, como equivocadamente piensa la "New Age", ni la sociedad civil en sí misma considerada, así como tampoco la razón, la voluntad libre, el sentimiento estético o religioso del sujeto individual o colectivo.

A Cristo se le encuentra y se le adora allí en donde el Espíritu Santo le hace presente: en la Iglesia. Así lo prometió Él a los suyos en Galilea la tarde misma de su resurrección: "Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt. 28,20).

Presente, pues, en la Iglesia por la acción del Espíritu Santo, el mismo Espíritu que lo alumbró en el seno de María el día de la Anunciación, Cristo se nos muestra y se nos hace tangible a los hombres, después de su resurrección, en su palabra anunciada por la Iglesia; en su oración participada a ésta; en sus ministros sagrados, escogidos de entre los miembros de la comunidad eclesial, quienes, ungidos y enviados por Él, actúan en su nombre y en su persona, para bien propio y para el bien de todo el Pueblo de Dios; en todos los miembros de este Pueblo, al que Cristo, por la fe y por el Bautismo, hace partícipe de su sacerdocio real; en los sacramentos; y, de un modo especial, en la Eucaristía.

La Eucaristía es, así, el lugar de la Iglesia en donde la presencia de Cristo se hace particularmente densa, hasta el punto de constituir la fuente y la cima de todas sus otras presencias.

Por eso, es en la Eucaristía en donde Cristo nos espera, en donde se ha detenido para siempre la estrella que guió a los Magos y en donde podemos conocer y adorar a Cristo en espíritu y en verdad. No en vano los discípulos de Emaús reconocieron al Señor en la fracción del pan (Cf. Lc. 24,35).

Las otras presencias eclesiales de Cristo fluyen de la Eucaristía y a ésta conducen. Por eso, la Eucaristía encierra todo el bien espiritual de la Iglesia y constituye, así, una presencia de Cristo cualitativamente superior a las otras e intrascendible.

La singularidad de la presencia de Cristo en el sacramento eucarístico estriba en que, mientras que en sus otras presencias eclesiales Cristo se nos muestra sólo a través de su acción, en la Eucaristía es el propio Cristo, la persona misma de Cristo, en su divinidad y en su humanidad, tan alto y tan poderoso como está en el cielo, el que se hace real y permanentemente presente, por la acción del Espíritu, en las especies consagradas del pan y del vino. Y esto hasta el punto de que el pan consagrado ha perdido la sustancia de pan y se ha convertido en el cuerpo de Cristo; y el vino consagrado, perdida su sustancia de vino, se ha tornado la sangre de Cristo.

De este modo, si en la Encarnación el Verbo divino mostraba su divinidad por medio de su humanidad, en la Eucaristía la divinidad y la humanidad del Señor se nos muestran a través de los accidentes o exterioridades del pan y del vino. Con razón escribe Santo Tomás que en la Cruz del Calvario se ocultaba sólo la divinidad del Señor, mientras que en la Eucaristía se ocultan una y otra, la divinidad y la humanidad, las cuales se hacen presentes a nosotros por medio de dos elementos concretos de la naturaleza. "*In cruce latebat sola deitas, at hic latet simul et humanitas*", decía el "Doctor Angélico".

Quien se acerca, pues, a la Eucaristía, encuentra a Cristo mismo y, adorando su persona divina realizada para siempre en su doble naturaleza y oculta tras el velo de los elementos naturales, contempla y adora en la fe al mismo Dios.

Ahora bien, la adoración del Señor sólo es verdadera y punto final de nuestro encuentro con Él cuando es fruto de la participación previa en la Eucaristía. La Eucaristía adorada es la

obvia consecuencia de la Eucaristía contemplada con los ojos de María y de la Eucaristía vivida por la comunión digna del cuerpo y de la sangre del Señor.

Dice Cristo en el relato de la institución de la Eucaristía: "Tomad y comed, porque este es mi cuerpo... Tomad y bebed, porque ésta es mi sangre, derramada por muchos para el perdón de los pecados" (Cf. Mt. 26,26-28).

Dicho en síntesis, nuestro encuentro con Cristo en la Eucaristía pasa por cuatro momentos: meditación y contemplación de sus misterios, conversión a Él por medio del sacramento de la penitencia, comunión eucarística y adoración.

Justo a esto hemos venido a Colonia: a ver a Jesús; a convertirnos a Él; a participar, por medio de la Eucaristía, en su misterio pascual; a adorarle; a seguir el camino marcado por la estrella a los Reyes Magos. ¡Muéstranos, Señor, tu rostro y conoceremos la verdad y la vida!

Mons. Manuel Ureña Pastor  
Arzobispo de Zaragoza